

gineses. Después se ha creído que esa pretendida isla pudo ser América, si se considera su situación.

Por lo que toca al origen de los americanos, Grocio dice que los pueblos de la América setentrional vinieron de la Noruega; los de Yucatán, de la Etiopia; los del Perú, de la India y de la China; y los que están al Mediodía, hasta el Estrecho de Magallanes, llegaron del Oriente por las tierras australes. Se ha pensado que estando contiguas ó próximas á América las extremidades de la Tartaria, pasaron muchas colonias de este país á poblar las tierras del Continente americano. «Esto parece tanto más verosímil, dice Moreri (de quien tomo algunos de los presentes datos) cuanto más se considere que la lengua de los americanos setentrionales tiene mucha relación con la lengua tártara.»

Es constante además, que, ya sea de Europa por la Groenlandia, ya del Asia por algunos estrechos que no son muy largos, se ha podido pasar á la América, que toca en sus extremidades hácia el Norte con el Continente europeo.

Se ha podido también pasar de la tierra austral por el Estrecho de Magallanes, que sólo tiene dos ó tres leguas de largo. «Así pues, dice Moreri, los americanos deben su origen á los europeos ó á los asiáticos, y puede ser que lo deban á unos y á otros.» Esta opinión, fundada en las observaciones de la historia y en la lógica de los acontecimientos humanos, destruye en su base la ridícula teoría de que los habitantes de América brotaron de la tierra como las plantas.

### III.

El calor de las regiones equinocciales de América, no había sido un obstáculo al desenvolvimiento de las facultades intelectuales de los indios. Muy conocida es la situación en que los españoles encontraron á Méjico y al Perú. Los progresos que antes de la conquista habían hecho en las artes, en las ciencias y principalmente en el gobierno político, han merecido la admiración de los sabios. En aquella época habían dejado de ser tribus cazadoras, y sacaban de la labranza sus principales medios de subsistencia. Los indígenas del Brasil y

los del Uruguay, situados entre los veinte ó treinta grados de latitud austral, aventajaban á los mejicanos y peruanos en el arte de la labranza, pues habían reducido las tierras á propiedades particulares, y buscaban en la caza y la pesca lo que no podía darles el suelo. (1)

La civilización, empero, no era general. Había pueblos salvajes y crueles, como los que habitaban en las riberas del Amazonas, que eran antropófagos, y también los mejicanos, quienes, según dice Bernal Diaz del Castillo, comían carne humana, no obstante su cultura relativa. En cuanto á esa feroz costumbre, se nota alguna diferencia en los aborígenes de Nicaragua. Parece que comían la carne de las víctimas, sólo como un complemento del sacrificio que consagraban á sus dioses.

El Padre Las Casas asegura que este horror no se ha cometido en América, sino en algunos pueblos en los cuales no había viajado. Dampierre dice que jamás ha encontrado antropófagos, y que puede ser que en el día no existan dos poblaciones en donde se halle en uso esa horrible costumbre.

Pero poco debemos extrañar que hayan sido antropófagos algunos pueblos del Nuevo Mundo, cuando el mismo Voltaire, atribuyendo á la venganza tan repugnantes hechos, dice que se vió en los siglos más civilizados al pueblo de Paris, devorando los restos sangrientos del Mariscal de Ancre, y al de la Haya comerse el corazón del gran pensionario de Wit. Y concluye observando que no debe causar sorpresa el que un horror, pasajero en Francia, haya durado en los países salvajes.

Entre todos los pueblos de América no se han conocido otros más bárbaros que los que viven en el Estrecho de Magallanes ó en la Tierra del Fuego. Por todo vestido se colocan en las espaldas una piel de buey marino; y sus cabañas consisten en algunas estacas hincadas en el suelo, inclinadas unas sobre otras por la punta, formando una especie de cono, y cubiertas con ramas por la parte del viento. No dan á sus alimentos preparación alguna, y devoran el pescado crudo y la carne podrida. Los esquimales, situados bajo una latitud muy

(1) Robertson.—*Hist. of America*, Vol. 2, pág. 396.